

NOTAS CONTEMPORANEAS

fundada en obras... Descendió con lentitud la escalera...
Cuando llegamos al portal donde mora la última
caridad del crepúsculo, el hombre extraño se detuvo
mirando la calle con un leve balanceo del cuerpo—
como el de una cigüeña que vacila antes de soltar el
vago. Y rápidamente desapareció.

XIX

LAS ROSAS

1

Estamos en el mes de mayo, y conviene hablar de rosas.

Cuando en la poesía, como en un reino bien organizado, había categorías y una pragmática, era la Corporación venerable y ligera de los *Poetas de la primavera* la que celebraba puntualmente, en esta fresca mocedad del año, con el corazón contento y la lira fácil, la llegada de las rosas. El poeta, en esos tiempos arcádicos, corría constantemente por oteros y prados, como el antiguo Silvano, atento sólo a las bellezas sencillas y comprensibles de la tierra. Hoy, en esta anarquía que baraja las clases, el poeta invadió el alma humana, desalojó de ella a los filósofos, sus inquilinos hereditarios desde Platón, y es él quien teje la tela de la psicología y sopla las brasas de la metafísica, de donde se elevan humaredas tan densas y compactas... En los parajes tradicionales de la poesía, entre las malezas, junto a las fuentes, bajo las umbrías, ya no se encuentra a un poeta. Están todos agazapados dentro del alma.

NOTAS CONTEMPORANEAS

Y en este año de gracia de 1893; en este mes de mayo, de tan suave esplendor, fué un erudito, un gramático, un profesor de la Universidad de Aix, autor de la *Fonética normanda* y de las *Funciones de la letra C en las lenguas románicas*, quien, por falta de poetas, hubo de celebrar a las rosas en un tomo voluminoso de 500 páginas (1), repleto de notas, en el cual narró todos los empleos de la flor adorable a través de los tiempos, en la poesía, en la arquitectura, en el culto, en la mística, en la farmacopea y en el arte culinario... Así la ciencia va usurpando las más preciosas funciones de la poesía. Son ahora los astrónomos, y no los poetas quienes ponen sus sueños en la luna y en los rayos de las estrellas. Es un viejo filólogo quien se torna bucólico y celebra las glorias de la rosa.

Esta flor merece, realmente, ser cantada, porque nunca hubo flor entre las flores con una carrera más triunfal. En todo lo que interesa profundamente al hombre—el amor, la religión, la ley, la guerra, la muerte—se encontró siempre envuelta la rosa; y la civilización entera está saturada de su perfume. Y, sin embargo, no pertenece a la gran aristocracia floreal—como la azucena o el loto...— Sus pergaminos, sus cien pétalos, son recientes; y existen en la India, en las faldas del Himalaya, príncipes con genealogías más remotas que la de la rosa. Los *Vedas* no la mencionan, y los Arios, tan sensibles a todas las fuerzas y las gracias de la Naturaleza, de fijo habrían entrelazado la

(1) Me permito observar al lector español que fué aquí también un erudito, un historiador, D. Juan Pérez de Guzmán, quien cantó los loores de esta bella flor y su utilización como tema poético de nuestra literatura, realizando un verdadero *epicilegio* en nuestro jardín de los poetas, en su interesantísimo libro *Cancionero de la rosa*.—N. del T.

rosa en sus himnos sagrados y en sus rituales, si hubiera florecido en el valle feliz de Septa-Sindhu. En los monumentos del viejo Egipto, donde los escribas grabaron cuidadosamente toda la flora faraónica, no se descubre el rosal entre los arbustos vivificados por las aguas benditas del Nilo. Los antiguos hebreos, en los primeros tiempos de la Biblia, por lo menos hasta el cautiverio de Babilonia, no conocieron tampoco la rosa; y si Raquel y Rebeca se coronaban de flores, era de anémonas, de esos lirios rojos de los campos, que Jesús consideraba después más vistosos y ricamente trajeados que el Rey Salomón con toda su magnificencia.

La rosa aparece en el mundo griego con Homero; pero aun es la rosa plebeya, silvestre, de cinco hojas, que nace en las sebes (1). Homero no la presenta como una flor de belleza, sino de utilidad; una humilde planta medicinal, de la cual se extraía ese óleo con que Afrodita, en *La Iliada*, unge el cuerpo de Héctor. Sólo con Píndaro y con Arquíloco y con el augusto *Himno a Demeter*, es cuando la rosa, ya perfecta, con sus cien pétalos, con todo su aroma y muchas de sus espinas, entra realmente en la vida de los hombres y de los dioses, y cuando inicia sus aventuras maravillosas.

Una de las primeras fué su mudanza de color. La rosa, primitivamente, cuando nació en las lánguidas playas de Citerea, bajo los pies de Venus, que en ese momento sublime emergía de la espuma de las ondas y pisaba la tierra; era blanca, como los pies que la hacían brotar. Después, la sangre de Venus la puso roja, una tarde en que la diosa, en Siria, corriendo en socorro del lindo Adonis, amenazado por el trucu-

(1) Conservo la palabra portuguesa *sebes*—malezas, matorrales—, que tiene correspondencia en castellano castizo, y más especialmente en el dialecto bable o astur.—*N. del T.*

lento Marte, siempre bestial, clavó el pie en las espinas de un rosal. Este caso lamentable fué atestiguado por muchos dioses, y después contado por ellos, bajo las arboledas del Olimpo, a Hesíodo, a Bion y a otros poetas, que lo propagaron luego, en versos indiscretos, por todas las islas de Jonia. Así, nacida del hollar de su pie divino en la tierra humana, y convertida en flor roja por su sangre, la rosa siguió siendo para Venus la flor bienamada y filial.

La afición de Venus por la rosa fué inmediatamente compartida por los dioses, para quienes las preferencias de Afrodita constituían siempre dictámenes supremos. Y tanto amaron la rosa, que crearon en un valle de Frigia ese incomparable jardín llamado *Jardín de Midas*, donde sólo crecían rosales, y que difundió su aroma sobrenatural por toda la antigüedad pagana. Era de oro la tapia que lo cercaba, y las avenidas que dividían los macizos habían sido enarenadas por los Coribantes con polvo de coral y de diamante. Con tanto celo lo cultivaban los dioses, que Baco no confiaba a nadie el cuidado de regar el glorioso vergel. Y poetas privilegiados, como Anacreonte y Propercio, pudieron ver muchas veces en las siestas de mayo al gran dios de la uva, al conquistador de las Indias, con una regadera de oro en la mano, dando de beber a las rosas un agua de admirable pureza, que las Náyades traían de la Fuente Castalia. En este jardín escogía Venus las rosas que solía mandar a aquellos mortales perfectos, de quienes brusca y locamente se enamoraba en sus paseos por las colinas pastoriles de la Hélade. Fué también en el *Jardín de Midas* donde Sileno, viniendo de la Tracia, cogió aquella espantosa borrachera que duró cien días, y en la cual deliró tan escandalosamente y en tantos arrebatos lascivos embistió contra

las diosas, que Marte y Mercurio hubieron de amarrarlo, espumeante y rojo, a un robusto tallo de rosal, con cuerdas de púrpura que aún pudo ver el viejo Herodoto... Júpiter descendía a veces, familiarmente, sin el águila y sin el rayo, a este jardín terrestre, y era allí donde Mercurio y Ganimedes le secreteaban los nombres y las moradas de las más lindas vírgenes de Grecia y de Asia. Allí venían también, a la hora del rocío, las Nueve Musas a tejer sus coronas de rosas. Y era tan penetrante la influencia de este jardín, que en el monte Bormio, frontero a él, nunca había invierno, los lirios silvestres florecían hasta en enero, y los pastores que en sus laderas guardaban los ganados conservaban hasta los cien años la flor de su mocedad.

II

Esta dichosa flor, así preferida y honrada por los dioses, fué en seguida adorada por los hombres. El docto autor de las *Geopónicas* comenzó por establecer en este Tratado de las Cosas Rurales, como principio botánico, que "la rosa es de naturaleza divina". Y Anacreonte no tardó en exclamar enternecido: "¿Qué sería de la Humanidad sin la rosa?..."

La Humanidad ya enlazaba en esos tiempos las rosas en coronas y guirnaldas. Fué Jano (el de las dos caras), ese benéfico civilizador, quien inventó el arte gentil de coger y juntar las flores en ramillete. Pero fué una cierta Glicera, ramillera de Scyros, quien creó el ramo, el verdadero ramo atado con cintas, el ramo del afecto, el ramo de fiesta, el terrible *bouquet* que tan despóticamente se implantó en los hábitos cultos, y que, por el precio a que subieron las flores (cua-

tro rosas clavadas en alambres y presas por un bramante cuestan en París 6.000 *reis*) (1), desnivela y desorganiza el presupuesto del hombre sociable... Glicera, diestra florista de Scyros, ¿por qué no dejaste las flores donde eran más felices, en sus tallos airosos, balanceados por Céfire, hijo de la Aurora?...

Al menos, en esas edades dichosas, los ramos sólo se ofrecían a los dioses. Y con tal generosidad, que el viejo Pausanias (no el vencedor de Platea, sino el otro, el que escribió la *Descripción de la Grecia*), yendo a Thalamas, en la Mesenia, a visitar una renombrada estatua de Ino (que era una diosa del mar), no le pudo ver las formas, ahogada, como estaba, hasta los hombros, en densos manojos de rosas.

El culto en Grecia y en Italia ponía su lujo en la profusión de rosas. Rosas en torno de las imágenes y tapando los altares. Rosas coronando a los Augures y a los Pontífices. Rosas sobre el dorso y en las extremidades de las reses votivas. Rosas en festones de columna a columna, roseando la palidez de los mármoles.

En las fiestas llamadas *Rosalía*, dedicadas a Venus, en las Calendas de mayo, todas las cortesanas de Roma, envueltas en velos amarillos, en una procesión lasciva y devota, al son lento de las cítaras, iban a llevar a la gran diosa, su patrona, las primeras rosas del año.

Era como la proclamación sacramental de la primavera y del amor. En otra de las lindas fiestas rurales de Italia, las de Dea-Día, diosa de la labranza y de

(1) Ya es sabido que el valor de la moneda portuguesa *reis* es, a la par, de una peseta española por cada doscientos *reis*. 6.000 *reis* son, pues, 30 pesetas, o dicho en moneda portuguesa moderna, seiscientos centavos, *seis escudos*, aproximadamente seis duros.—N. del T.

los campos, la cofradía de los Hermanos (1) Arvales ofrecía en los altares panes cubiertos de rosas, y después de la ablución, cuando se dispersaba gritando la palabra de buen agüero: ¡*Feliciter!* ¡*Feliciter!*..., iba arrojando por las calles y sobre el pueblo a manos llenas las rosas que el contacto del altar había hecho sagradas. En mayo, todos los lares domésticos eran adornados con rosas. Y no había colono en la tierra pagana que al primer aliento de los céfiros calientes no colgase un ramo de rosas a la entrada de su cabaña, en el tronco rudo del Dios de los Huertos o entre los cuernos de Pan.

Poco a poco, como la filosofía venía afirmando al alma del hombre que es inmortal, a la manera de los dioses; estas guirnaldas y coronas de rosas, que antes se daban solamente a los inmortales, comenzaron a ser ofrecidas a los hombres, sobre todo, a las mujeres, por lo que en ellas había de divino. La rosa tornóse en breve la flor oficial del amor. En forma de corona se depositaban las rosas, en el fresco alborar de la madrugada, a la puerta de la bienamada, para honrarla y adornarle la casa como un templo. La corona de rosas, recogida, significaba, de parte de ella, un sí de dulce promesa. Las rosas dejadas fuera de la puerta desdeñosamente, mustiándose al polvo y a la lluvia, expresaban el amargo *no*.

Tíbulo, en una de sus elegías, echa en cara a una insensible dama la inmensa y dispendiosa cantidad de guirnaldas que había depositado, en vano, en el umbral de su morada. Este amontonamiento de rosas des-

(1) Exagerando la nota humorística y trasponiendo la época actual a la del Imperio Romano, Eça de Queiroz, con delicioso anacronismo, los llama *Freires Arvales*, como si hubiese dicho *Frailes Carmelitas*.—N. del T.

preciadas, pudriéndose a la puerta de las matronas, llegó, en el tiempo en que se conservaba en los lares romanos la fuerte tradición de las Lucrecias y las Porcias, a inquietar a los ediles, responsables del aseo de las calles, y la virtud doméstica fué la desolación de los barrenderos urbanos, casi todos esclavos asiáticos y (¡oh, humillación!) lusitanos... Después, con el declinar de la República y de las costumbres, todo ramo de rosas depositado a una puerta, con el nombre del enamorado (y la dirección), era arrebatado hacia adentro por bellas manos complacientes.

Ya no se encontraba en las calles una rosa muriendo en el abandono. El austero Juvenal rugía... Pero ¡qué descanso para los ediles y para los lusitanos, nuestros antepasados!...

A más de que las declaraciones de amor habían de hacerse silenciosamente por medio de rosas, toda entrevista de amor, en la sociedad culta, debía ser poetizada y perfumada con rosas. La dama que iba a encontrar a su amante, en algún bosque consagrado a Venus o en un cubículo de Velabro, llevaba una guirnalda de rosas en la mano y una rosa solitaria en la cintura, y al divisar a aquel por quien iba a ofender al amable dios Himeneo, le arrojaba al rostro, dulcemente, un puñado de rosas sueltas. Después...

Pero pasemos, precipitando la marcha... Dejemos a la pareja en su éxtasis, ¡y que las rosas del Lacio les sean leves!...

Si la rosa estaba así asociada al ceremonial de los amores, no presidía menos profusamente la composición de los festines. El mundo antiguo comía entre rosas. Guirnaldas de rosas en las cabezas rizadas o calvas de los convidados; cordones de rosas, en colgante, alegrando la túnica oscura de los esclavos; festo-

nes de rosas en los muros de mármol color de rosa; rosas alfombrando el suelo; rosas inundando la mesa; pétalos de rosa fluctuando en los vinos; lluvia de rosas, lloviendo de los techos y de los velarios, mientras resonaban las liras. Hasta una parca merienda en el campo no se hacía sin lujo de rosas. El sencillo y honesto Horacio consiente en que todo falte en su mesa rural, menos el aroma y brillo de las rosas. "Sí, Delio mío (canta); comamos sobriamente, a la sombra de un pino, sobre la hierba verde, junto a un regato suurrante, y que no haya sino un plato y un ánfora, pero brazadas de rosas!..."

Roma llegó a tener el vicio de las rosas, y el Imperio todo se ahogaba deliciosamente en su perfume. Verres, aquel a quien Cicerón zahirió tan famosamente (1), sólo sabía viajar lleno de rosas de Malta, coronado él de rosas, con festones de rosas envolviéndole el cuerpo, y llevando en la mano un saco de red henchido de rosas, que a cada instante oprimía sobre la faz para sorber hasta el alma el aroma—alma de la flor—. Y Roma toda se abandonaba a las rosas, con la voluptuosidad de Verres. El ultrarrefinado Elio Vero no podía adormecer sino sobre camadas de rosas. Otros elegantes forraban las cámaras, desde los pavimentos de cedro hasta los techos ebúrneos, de rosas de Paestum. Galiano, cuando fué Emperador, mandaba sembrar todas las mañanas las salas y los pórticos de la *Domus Palatina* de brazadas de rosas. El delicioso Heliogábalo, en sus accesos de animalidad es-

(1) Eça de Queiroz hace aquí un juego de palabras que no se puede reproducir en castellano: *Verres aquel que Ciceró tam famosamente verrinou... Verrinar* es un verbo neológico que forma Eça, derivándolo del sustantivo *verrina* (crítica acerba).—N. del T.

tética, retozaba y se revolcaba sobre montañas de rosas.

En estas convivencias afeminadas y sensuales, la pobre rosa arriesgaba extraordinariamente su reputación. Esparcida sobre lechos poco castos; de bruces dentro de las ánforas orgíacas; entrelazada en los cabellos de las siervas de Venus, podría haber quedado en la Historia y en la memoria de los moralistas como la flor del libertinaje. Felizmente para ella, la rosa, a través de todas sus flaquezas, nunca dejó de andar ligada a dos cosas graves y fuertes: la Guerra y la Muerte.

No había triunfo sin rosas; y ningún funeral sería sentido y piadoso sin que las rosas recordasen en él la fragilidad de la vida. La corona de rosas era debida, aún más que la de laurel, a todo vencedor de una batalla; y la ilustre flor, en innumerables ocasiones, recompensó la salvación de la República. Las galeras victoriosas, al entrar en el puerto, traían la alta proa adornada de festones de rosas. Y en los cortejos triunfales, una de las alegrías era la lluvia innumerable de rosas, cayendo de todas las terrazas sobre el carro lento, en marcha hacia el Capitolio.

Para los muertos, la rosa era la flor consoladora. El cuerpo iba cubierto de rosas como para unos supremos esponsales; y la piedad de los parientes y de los amigos nunca dejaba las sepulturas sin rosales que las floreciesen... La fiesta de las *Parentalia*, celebrada en memoria de los muertos, era en mayo, para que estuviesen ya abiertas las rosas que, después del banquete funerario, se llevaban en cestos y se deshojaban lentamente por encima de las sepulturas. La esperanza de los que se sentían morir era que sobre la lápida nunca faltasen rosas. Para que no faltase este consuelo a sus manes, muchos dejaban pingües legados.

Una dama, Claudia Severa, en su testamento destinó 12.000 duros (1) para que las rosas en su túmulo fuesen siempre las más bellas de Campania. Y aquellos que no eran ricos hacían grabar en los sepulcros una súplica pidiendo al viandante la dulce limosna de una rosa:

“*Sparge, precor, rosas, supra mea busta, viator*” (2).

Conservando así estas nobles atribuciones, flor de gloria y flor de piedad, la rosa se substrajo al desdén de los moralistas. Mas lo que verdaderamente la salvó fué la literatura. Por lo mismo que tanto la amaban, los poetas sintiéronse inducidos a comparar la rosa, reina de la gracia en la Naturaleza, con la mujer, reina de gracia también y también flor de humanidad. Pronto entre los líricos griegos, la rosa, a causa de su botón, fué proclamada emblema de inocencia. Pero allí hubo de mantener una lucha desesperada con la azucena. Y esta rivalidad entre las dos nobles flores, que se transparenta ya en el antiguo *Himno a Ceres*, ambas reclamando el privilegio de representar en el arte el candor, la frescura de la virgen—sólo acabó verdaderamente en la poesía latina, en la cual la azucena quedó definitivamente simbolizando la pureza virginal, y la rosa, el rubor aun púdico, pero ya amoroso y ardiente. Desde entonces no hubo hermosura o virtud de mujer que no fuese comparada a la rosa, así convertida por la poesía en tema y arquetipo de la perfección, donde se resume todo lo que puede encantar la mirada y el alma. Ella es, dicen los poetas, la tentación de los mortales, el adorno de la

(1) *Doze contos de reis* es la equivalencia en moneda portuguesa.—N. del T.

(2) ¡Esparce (te ruego) rosas sobre mis cenizas, viandante!...” Es la traducción de ese epitafio latino.—N. del T.

tierra, el amor de las Gracias, la alegría de los Dioses... Así, antes de la Virgen, la rosa poseía ya la letanía adoradora. Filóstrato la declara, con énfasis horrendo, “el ojo del mundo”. Otro más rebuscado llámala “astro de las flores”.

Las mismas bellezas de la Naturaleza, aun las menos concretas, son comparadas a la rosa y a su color adorable. Son *de rosa* los famosos dedos con que la Aurora, durante diez y siete siglos de poesía, abrió las puertas del Oriente. Es *de rosa* el vapor que se exhala de los caballos del Sol, humeando en su galope deslumbrador. Es *róseo* también el carro en que la Luna rueda silenciosamente por los cielos nocturnos. En realidad, cuando los poetas latinos quieren loar cualquier forma del ser, o por su fuerza o por su brillo, o por su dulzura, llámanla *rósea*. Para Valerio Flaco, un mozo hermoso es *róseo*. Claudiano, impresionado con las márgenes del Duero, lánzales inmediatamente el inesperado epíteto de *róseas*, cuando bien debía ver que, forradas de granito y de valles cálidos, quemados por el sol, eran parduzcas o lívidas.

Así, Roma, en su poesía y en su vida, deliraba por las rosas. Para saciar esta pasión, toda Italia se había cubierto de rosaledas. Las más célebres, por ser las más rojas y periumadas, florecieron en Poestum, en Prenestes y en la Campania. Pero aun a la orilla del mar, de Taormina a Sicilia, toda la costa era un lindo rosal. El Imperio eivejecía ahogado en rosas. Y lejos, más allá del Rhin y del Danubio, los hunos, los ávares, los vándalos, bajo los cielos cenicientos, en sus cabañas bajas, al borde de las lagunas, dilatan ya las narices, ávidas y brutales, aspirando esta inmensa fragancia de la rosa romana...